

## EN PORTADA

POR PATRICIA GOSÁLVEZ

No era una abuela cualquiera, era la abuela más famosa de Suecia, y de niños no nos gustaba nada compartirla... La gente la paraba por la calle para preguntarle todo tipo de cosas, le mandaban miles de cartas y ella trataba de contestarlas todas". Annika Lindgren coge una máscara japonesa de un estante: "Era fantástica, jugaba como uno más, la recuerdo poniéndose esto para asustarnos por la casa diciendo que era una bruja; pero también trabajaba muchísimo y no se la podía molestar cuando escribía". La casa es un amplio y discreto piso de Estocolmo, ahora visitable, donde Astrid Lindgren vivió durante seis décadas. Aquí pergeñó las aventuras de Pippi Calzaslargas al poco de mudarse en 1941, un día que su hija Karin, febril, inventó el nombre y le pidió la historia que había detrás. "Era un nombre tan extraño que debía pertenecer a una niña que también lo fuera", explicaría después la autora.

Astrid era entonces un ama de casa de 34 años con dos niños pequeños, casada con un directivo, que trabajaba esporádicamente de secretaria y pasaba las tardes en el Vasaparken que se ve desde la ventana con las otras "señoras del parque". Cuando murió en esta misma casa en 2002, a los 94 años, era una escritora consagrada con decenas de novelas y decenas de millones

**"Habla de muerte, suicidio, enfermedad, ecología. Todo con inteligencia y poesía", dice su editora en España**

**"El niño abandonado o solitario es recurrente en su obra", asegura una experta en literatura infantil**

de libros vendidos, una presencia habitual en los medios, el ubicuo rostro en los billetes de 20 coronas y la primera editora especializada en literatura infantil de Suecia, en la editorial Rabén & Sjögren, que estaba a punto de quebrar cuando publicaron *Pippi* en 1945, y que ella ayudó a convertir en la punta de lanza de la vanguardia nórdica. "Lindgren era mucho más que esa figura de la anciana sabia, la folclórica *sagotant*: la contadora de cuentos romántica, intuitiva y solitaria que ella misma alimentaba en las entrevistas, a sabiendas de su potencial mediático", opina Malin Nauwerck, especialista de la Universidad de Upsala y del Instituto Sueco del Libro Infantil, para quien "el mito Lindgren" se queda corto. "Detrás había una creadora multifacética que controlaba metódicamente todos los procesos editoriales, que editaba sus manuscritos en busca de una voz muy concreta y que gracias a su rol profesional, lejos de estar aislada, debatía con sus coetáneos y se sentía impulsora y parte de una nueva literatura infantil que hablaba a los niños de

igual a igual y que tenía el mismo valor artístico que su contrapartida adulta".

Por las mañanas Lindgren escribía y por las tardes editaba, también a sí misma. Siempre gestionó sus derechos y vigiló las innumerables adaptaciones de su obra, escribiendo o supervisando guiones y libretos. "Le divertía tanto el lado creativo como el editorial y para ambos tenía talento", dice su nieta Annika, que es jefa de publicaciones en la Astrid Lindgren Company, la empresa creada por la escritora para manejar su legado. Como editora, andaba siempre buscando nuevos formatos, cómics, audiolibros, series..., explica Annika: "Estaba muy dispuesta a probar cosas nuevas, pero por otro lado era muy protectora de sus personajes". Cuando Hachette tradujo *Pippi* al francés, dulcificando su irreverencia y rebautizándola Fifi, pidieron a Lindgren cambiar la escena en la que la niña levanta en volandas a su caballo para sustituirlo por un poni y que resultase más realista. Ella le respondió que accedería encantada... en cuanto le mandasen la foto de un niño francés levantando un poni.

● **Poco leída en España**

Según la Unesco, Lindgren ocupa el puesto 18º en la lista de autores más traducidos de la historia (por encima de Tolstói o Hemingway). En los países nórdicos, Alemania o Rusia es una superestrella, conocida más allá de Pippi (sobre quien los productores de Harry Potter preparan una nueva película) por personajes como el travieso Emil, el fastidioso Karlsson o la intrépida Ronia. "Sin embargo, en España sigue siendo una gran desconocida y se ha leído muy poco, aquí la gente sabe quién es Pippi por la tele", se lamenta la editora de Kókinos, Cristina Peregrina, refiriéndose a la serie emitida en TVE en 1974 (y repuesta en 1979 y 1987, y en los noventa en Antena 3) en cuyo guion participó la autora. Tirando de la nostalgia de una generación de padres que merendaban viendo a un ícono infantil que aún resulta subversivo, Blackie Books reeditó con éxito en 2018, y en un solo tomo, la traducción sesentera de Editorial Juventud de los tres libros de Pippi.

En 2019 Kókinos llegó a un acuerdo con la Astrid Lindgren Company para editar la extensa obra de la autora. Desde entonces, han vuelto a traducir al castellano y al catalán, y en algunos casos han ilustrado con artistas españolas, una docena de títulos. El próximo 1 de junio, la editorial contará con la presencia de Annika Lindgren en un acto sobre su abuela en la Feria del Libro. Su catálogo incluye obras sorprendentes para quien solo conozca el libro más famoso de Astrid, como la metafísica *Los hermanos Corazón de León*, inspirada por las tumbas de dos hermanos pequeños en el cementerio de su Vimmerby natal, o *Mio, mi querido Mio*, que se le ocurrió cuando vio a un niño solitario en el parque de Tegnérlunden e imaginó que un genio se lo llevaba a un mundo mágico.

En el pequeño parque de Estocolmo en el que arranca el libro, los únicos genios a la vista son literarios y de bronce. La estatua de August Strindberg es imposible no verla: trepado a una roca, se retuerce enorme, despenado y musculoso para mirarse atormentado el viril ombligo. La otra es muy fácil pasarla de largo: sobre un discreto pedestal, la mirada afilada y curiosa de Lindgren asoma por lo que parecen las tapas de un libro abierto, o

# La mujer que había detrás de la niña más fuerte del mundo

Adelantada a su tiempo, Astrid Lindgren, creadora de Pippi Calzaslargas, Emil o Ronia, creó un universo literario sin tabús con un código propio. Su nieta Annika hablará de su obra, reeditada por Kókinos, en la Feria del Libro



Astrid Lindgren, en 1978 en su piso de Estocolmo, donde residió seis décadas. JAN COLLISIO (TT NEWS/ALAMY)

quizás las alas extendidas de un pájaro, que protegen a tres figuras infantiles. Tiene un tamaño tan humano que podrías abrazarla. Es precisamente lo que hizo la editora de Kókinos cuando la vio por primera vez. Su entusiasmo por la autora es contagioso: "Fue una adelantada a su tiempo, representa la modernidad en la forma de ver la infancia, sin carga autoritaria; se salta todos los filtros adultos, conecta con el niño como pocos autores, sus temas siguen siendo actuales y no hay nada que considere tabú, y sus libros hablan de muerte, enfermedad, suicidio, libertad, ecología. Todo con inteligencia y mucha poesía... Y, además", zanja Peregrina, "tenía un humor muy suyo". Abundan las anécdotas de su peculiar retranca. A principios de los ochenta, el embajador ruso en Suecia le dijo que en casi todas las casas de la URSS había dos libros: la Biblia y su *Karlsson en el tejado*. "Qué curioso", contestó ella. "No pensaba que la Biblia fuese tan popular". "Muerte, muerte, muerte", decía, ya anciana, en cuanto descolgaba

diariamente el teléfono a sus hermanas, para quitarse el acuciante tema de encima.

#### ● Los niños solitarios

Lindgren nació en una granja de Småland y tuvo una infancia rural y libre, utopía de travesuras y naturaleza que poblaría muchas de sus obras. Sin embargo, la Suecia provincial enseguida se le quedó pequeña. A la joven le gustaba el jazz y fue la primera en cortarse el pelo de su pueblo. A los 16 años empezó a trabajar en el periódico local y a los 19 se quedó embarazada del director, un hombre casado con siete hijos. Huyendo de las hablurías, se marchó a Estocolmo sola y sin dinero y se puso a estudiar secretariado. Tuvo a Lars, *Lasse*, en Dinamarca, en el único hospital de Copenhague en el que no pedían el nombre del padre en 1926. A las pocas semanas lo dejó con una familia de acogida. Desde entonces, todo lo que ganó lo gastó en ir a ver al bebé cada tres meses. Lasse tenía tres años cuando su madre de acogida enfermó y Astrid se lo llevó a Estocolmo. El niño, que solo hablaba danés, al dejar el único hogar que había conocido, lloraba "sin hacer ruido, como si se diese cuenta de que daba igual, harán lo que quieran conmigo", escribió después Astrid. "Quizás por esas lágrimas, siempre he tomado partido por los niños". Tras un año viviendo con sus abuelos maternos en el campo, Lasse se mudó definitivamente con su madre cuando esta se casó con Sture Lindgren (de quien era secretaria). "Pero ambos arrastraron esa pena toda la vida", dice Annika, que cree que fue la razón por la que Astrid escribió una y otra vez sobre niños que se sienten solos.

"La imagen del niño solitario o abandonado es recurrente en su obra", dice Elna Druker, profesora especializada en Literatura Infantil de la Universidad de Estocolmo, donde se imparte un popular curso bianual sobre la autora. "Y el respeto por el niño, central en Lindgren, es una idea muy sueca", dice la experta, explicando que, especialmente tras la II Guerra Mundial, justo cuando se publica *Pippi* (no por nada, el forzado del circo al que la niña humilla se llama Adolf), Suecia, que por su neutralidad no pasó por las penurias de la posguerra, invirtió en el bienestar de su infancia: cuidar y educar era la forma de construir ciudadanos democráticos y un futuro mejor.

#### ● Una habitación taquigráfica

Para Malin Nauwerck, la formación como secretaria de Lindgren también es clave para entender su obra. Por un lado, influyó en su identidad —como mujer independiente, eficaz, disciplinada, moderna—; por otro, marcó su método y su estilo literario. Lindgren se dictaba a sí misma. "Cognitivamente, la taquigrafía recoge instantáneas del sonido, por lo que los autores que la utilizan (como Dickens) tienen diálogos muy vivos y captan enseguida cómo suenan sus personajes", dice Nauwerck, que subraya la "musicalidad y oralidad" de la prosa de Lindgren en sueco, ideal para los audiolibros y el programa de radio que presentó durante años. "Varias generaciones de suecos reconoceríamos su voz en cualquier sitio", dice la experta.

La taquigrafía le proporcionó, por último, una suerte de "habitación propia": "Un espacio privado de creatividad necesario para alguien con una



De arriba abajo, ilustraciones de los libros editados por Kókinos *Los hermanos Corazón de León*, *Karlsson en el tejado* y *Ronia, la hija del bandolero*. NOEMI VILLAMUZA / AYESHA L. RUBIO / ESTUDIOS GHIBLI

#### LECTURAS RECOMENDADAS

### Más allá de Pippi

En el parque temático sobre la literatura infantil sueca Junibacken de Estocolmo está claro quién es la estrella: Pippi es la única con un par de *shows* en vivo diarios. Pero también hay un trenequito delicioso que recorre, en unos 15 minutos, dioramas del resto de la obra de Lindgren, que escribió 34 libros y 41 álbumes ilustrados. Kókinos lleva un par de años editando su catálogo: los últimos en salir a la venta son los cuatro tomos de *Las aventuras de Emil* (1963), una suerte de Daniel el Travieso en la Suecia rural de principios del siglo XX. Entre sus obras para lectores un poco más mayores están *Los hermanos Corazón de León* (1973), que trata temas como la muerte, la enfermedad y el suicidio con un halo de fantasía, o *Ronia, la hija del bandolero* (1981), una aventura sobre el valor de la independencia y la vida en armonía con la naturaleza que los Estudios Ghibli convirtieron en serie manga en 2015 (se puede ver en Movistar). La fabulosa *Mío, mi querido*



*Mío* (1954) arranca con la desaparición de un niño en Estocolmo y acaba en la Tierra de la Lejanía, y el humorístico *Karlsson en el tejado* (1955), sobre un señor regordete que tiene una hélice en la espalda. Por supuesto, la editorial también ha vuelto a traducir (al castellano y al catalán) los tres tomos de la mítica pelirroja (*Pippi Calzaslargas*, *Pippi se embarca* y *Pippi en los mares del sur*; 1945) con las modernistas ilustraciones originales de Ingrid Vang Nyman. Y ha publicado, por primera vez en España, la serie de cómics que Lindgren y Nyman prepararon para acercar el personaje a los más pequeños.



vida tan pública". Los manuscritos de Lindgren (conservados en 670 cuadernos en la Biblioteca Nacional) son un código taquigráfico propio desarrollado durante sus años de secretaria. Para interpretar los garabatos, la investigadora pidió ayuda (en un programa de radio) a mujeres mayores de 70 años que hubiesen sido secretarías a mediados del siglo XX. "La respuesta fue increíble", dice la experta. Era plena pandemia y 170 candidatas, aburridas, aisladas y orgullosas de que su obsoleta destreza volviese a tener utilidad, se pusieron a ello, trabajando por Zoom para hackear los jeroglíficos. En cinco semanas —Nauwerck pensó que tardarían meses—, las señoras transcribieron 52 cuadernos. En una segunda fase, la inteligencia artificial alimentada con los resultados del proyecto tratará de automatizar el proceso.

Lo único que Lindgren escribió con caligrafía común para que cualquiera lo entendiese fueron sus *Diarios de guerra, 1939-1945* (que no están traducidos al castellano). Los editó Annika en 2015: "Son impresionantes, ella aún no era una autora profesional, pero escribía entradas muy analíticas, tenía opiniones muy sólidas, recortaba noticias, se mantenía al día... y era muy consciente de su privilegio". Durante la guerra, Lindgren trabajó, además, para el servicio secreto leyendo correspondencia del extranjero (ella lo llamaba "su trabajo sucio"), por lo que conocía los horrores de la guerra fuera de Suecia.

A pesar de la atemporalidad de sus obras, Lindgren siempre estuvo muy involucrada en lo que pasaba a su alrededor. A partir de su jubilación de la editorial en 1970, se convirtió en una opinadora habitual. "Le gustaba participar en foros y debates, hacer entrevistas, escribir columnas; tenía una voz fuerte y le costaba decir que no a lo que le proponían, sentía que lo integro era defender sus posturas", dice Annika. Hasta en tres ocasiones sus opiniones tuvieron un efecto legislativo. En 1976 escribió una fábula en el *Expressen* contra la política impositiva del Gobierno (que le gravaba un 102% de sus ingresos). El cuento, titulado "Pomperipossa en Monismania", contribuyó, junto a una carta de Bergman en el mismo diario, a la caída del Gobierno. En 1978, cuando obtuvo el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes, preparó un discurso cuyo eje central era una madre que mandaba a su hijo a por una vara para castigarle. El niño volvía llorando: no la había encontrado, pero traía una piedra por si quería tirársela. La madre, llena de culpa, guardó la piedra como recordatorio de la promesa que titula el discurso: ¡Violencia, jamás! A los libreros les pareció un asunto demasiado polémico, pero Lindgren dijo que o lo leía o no iba. Así que lo leyó y al año siguiente Suecia fue el primer país en prohibir el castigo corporal a los niños en todos los ámbitos, incluido el familiar. Finalmente, en 1985 publicó una serie de artículos contra el maltrato animal que desembocaron en la aguada *Ley Lindgren* que el Gobierno le "regaló" por su 80º cumpleaños. La escritora no pareció impresionada y poco después escribió en el periódico: "Se supone que me debe halagar que lleve mi nombre esta ley desdentada?".

La mujer detrás de la niña más fuerte del mundo tampoco se quedaba corta.

